

Bienvenida

Se la damos muy cordial y cariñosa á nuestro amigo el señor colegial bachiller don Roberto Mantilla, delegado del Colegio al Congreso de Estudiantes que se reunió en Caracas.

El señor Mantilla supo conservar, en su viaje y durante el Congreso, las mejores relaciones de amistad y compañerismo con sus colegas, y cumplió con el deber que le imponían su carácter de representante del Rosario, sus convicciones y su conciencia, de sostener las creencias católicas, el honor de Colombia y la autonomía de su claustro. Así lo hemos sabido por la relación publicada en diversos diarios de la capital de Venezuela.

Nuestro abrazo fraternal y parabienes á nuestro delegado y condiscípulo.

Galería de hijos del Colegio

FRANCISCO JOSE DE CALDAS

(Concluye)

CALDAS llegó preso á esta ciudad, y el mismo claustro donde pasó una de las épocas más felices de su vida, cuando estuvo estudiando en este Colegio bajo la dirección de cariñosos profesores y gozando del honor de la beca de colegial, vino á servirle de cárcel.... El mismo techo que amparó aquellos hombres durante los años que estuvieron aprendiendo las nociones de la libertad, vino más tarde á servirles de prisión, por querer conquistar el bien que en él comenzaron á saborear; esta casa fue para ellos la entrada á la vida y el vestíbulo de la gloria: "el suelo que pisamos es santo y se halla bendecido por la gratitud de todo un pueblo."

Ah! qué sentiría CALDAS al llegar á estos claustros, recordar lo pasado, contemplar las aulas donde estudió y más tarde fue.

profesor; unir esos recuerdos delicados con la amargura de su situación, preso, privado de la libertad por que tanto luchó, separado de su familia, víctima de las infamias de un militar que más parecía esbirro de algún César romano, encargado de pasar á cuchilla un pueblo, que el comisionado por Su Majestad Católica para pacificar las provincias americanas. ¡Cuánta amargura para su corazón noble y cristiano! ni la esperanza, ese precioso dón del cielo, le quedaba para endulzar tan amargos días; su porvenir era negro como la conciencia de su victimario. Desde La Mesa había escrito á Enrile, con fecha 22 de Octubre, una larga carta en que le suplicaba le perdonase la vida para beneficio de las ciencias; le hacía una relación de sus trabajos y de sus proyectos, y de su actuación en la revolución. El 28 de Octubre se efectuó una indagatoria á CALDAS, sobre los secretos, conocimientos y problemas de que había escrito á Enrile; mas todo era fórmulas, pues su muerte estaba decretada de antemano; sus súplicas no tuvieron eco ninguno; no oían las autoridades españolas la súplica que toda la gente sensata y de nobles sentimientos hacía en favor de la vida de CALDAS, que era un tesoro de la patria; hasta los corazones más duros se conmovieron, pero ¿qué contestó Enrile? "España no necesita sabios," fue la respuesta blasfema que brotó de su boca; pero la Nueva Granada sí necesitaba de todo sacrificio de parte de sus hijos para conquistar su libertad; y como lo principal era acabar con los hombres de inteligencia, según Morillo, para ahogar la revolución, la muerte de CALDAS se decretó....! porque él era sabio, y era preciso cegar la fuente de las luces que instruían al pueblo; amaba la libertad, era preciso exterminar los patriotas.

Alejandro, el gran conquistador de la antigüedad, al llegar á Tebas y arrasarlo la ciudad, dar muerte á gran número de personas, vender treinta mil ciudadanos como esclavos, únicamente perdonó á Píndaro, el mejor poeta lírico de Grecia, y ordenó que ni él, ni su familia, ni su casa fueran tocados, rindiendo así verdadero homenaje al genio y consumando una acción que más que sus conquistas le engrandece, porque da muestras de que su corazón era tan grande como su genio militar; y la historia nos presenta numerosos ejemplos de guerreros que entraron á las ciudades con cuchilla en mano, derribando la cabeza de sus ha-

bitantes, y sólo perdonaron al filósofo, al sabio, al sacerdote ó al poeta que allí viva. Lavoisier, Bailly y muchos otros hombres ilustres han sido siempre las primeras víctimas de los déspotas sanguinarios, porque ven en ellos los primeros gérmenes de la ilustración de las masas populares, y porque les es preciso acabar con la causa de las grandes y justas revoluciones; pero para CALDAS no hubo bondad de esa clase. Dios sabrá por qué su muerte era irremediable en aquellos momentos! España llevará siempre la mancha de haber cometido el crimen más espantoso en América: haber sacrificado uno de los primeros cerebros de la Nueva Granada.

CALDAS había agotado todos los sacrificios por su patria, y no le quedaba más que uno: la vida; y si era preciso que su sangre corriera, moriría satisfecho; su amor por la libertad y por el cumplimiento del deber, arraigados en él hasta el extremo, no podían acabar sino con el martirio.

Se acercaba para CALDAS el supremo momento de descifrar el misterio insondable que preocupa á los filósofos; aquel momento en que tanto pensó en su vida.

Me imagino al sabio en la prisión con el rostro quebrantado por la infinita amargura de aquellos días: la negra cabellera alborotada, las pupilas casi sin luz, cabizbajo, la mano en la frente, el corazón destrozado, pensando, reflexionando, meditando se le pasarían las horas; mirando un santo crucifijo; oyendo las palabras de un sacerdote, suspiraría cada rato; cada suspiro se llevaría un retazo de su alma inmensa, hecha para el dolor y para el amor.

¡Oh cuadro sublime! Aquel insigne filósofo, aquel patricio sin igual, cuya vida fue lucha, grandeza y gloria, elevaría sus pupilas cansadas al Dios Grande, á quien tantas veces acudió en su existencia, para implorar por su alma y por su patria.... aquel eminente sabio iba á morir, pero moría por la patria y por la libertad, esto le tranquilizaba.

El terrible momento se acerca. Dada la orden, CALDAS, con el valor y la energía de siempre, se alista para dar los últimos pasos; sigue á los soldados, quienes al ver al hombre que iban á fusilar se mordieron los labios, agacharon la cabeza.... Con paso seguro y reflexivo, seguido de algunos miembros de la Santa Hermandad de la Veracruz y de un sacerdote que le lle-

vaba un crucifijo, pasa por los corredores de este claustro; su figura imponente, su rostro grave, asombra á los verdugos; al bajar la escalera levanta su brazo fuerte, y esa mano con que tanto bien había hecho á su patria, con un carbón de una fogata de la prisión, deja en la pared, en misterioso gráfico, escrita una de las últimas exclamaciones de su alma antes de morir: “¡ Oh larga y negra partidá!” (1) Exclamación que brotó de su alma llena de sublimidad; signo que dejó como una despedida á la tierra, cifra de sus sentimientos y de sus meditaciones.

Repitamos con el poeta:

“¡ Oh cifra de profundo simbolismo!
En tus lindes estrechos, necio alarde
Fuera, encerrar el alma del civiliano;
Que cuando el sol al declinar la tarde
Hunde su frente en el occiduo abismo,
En otros campos reverbera y arde
Y, tras la sombra, en el azul profundo
Del cielo, se alza iluminando al mundo.” (2)

Aquel día fue el 29 de Octubre de 1816, día que, como los antiguos, debemos marcar con piedra negra, porque fue un día nefasto para nuestra patria, el día que se consumó el crimen más espantoso que esta tierra ha presenciado.

CALDAS siguió al patíbulo que le esperaba en la plaza de San Francisco y lo escaló con el mismo valor que siempre lo acompañó en los trances más violentos de su vida; esperó aquel instante con la abnegación de un filósofo cristiano.

El Batallón del Tambo, compuesto de 2,000 hombres, formado en uno de los costados de la plaza, á órdenes del Coronel Manuel Villavicencio, se alistó para hacer fuego.... CALDAS fue fusilado por la espalda como traidor al rey; murió de la primera descarga. Uno de los tiros despedazó la cabeza, sede de portentosa ciencia, los otros partieron el pecho, asiento de nobleza y amor. CALDAS ha muerto!

(1) Anota este incidente de sus últimos momentos como una mera leyenda, pues en ningún historia lor se encuentran datos precisos sobre esto; algunos atribuyen este jeroglífico á don Joaquín Camacho; sin embargo la mayoría de los que han estudiado, á CALDAS se lo atribuyen.

(2) Gustavo E. Chacón. Cali, Febrero, 1905.

El Coronel Cruz Ojeda fue, entre otros muchos militares, testigo de aquella muerte, y refiere el horror con que pereció el mártir; que un largo alarido del sabio se oyó distintivamente al expirar; alarido de sufrimiento, de dolor, de agonía, que llenó el espacio, pero que no alcanzó al pecho de sus verdugos; “la naturaleza tropical se cubrió de un velo fúnebre,” dice el historiador Acosta, y yo, cuando me transporto con la imaginación á aquel lugar y me parece oír el alarido brotado de aquella alma, ver su cuerpo en las contorsiones de tan horrible muerte, me estremezco, mi espíritu se agita.

Su cuerpo quedó hecho pedazos; el taco de un tiro le había quemado el vestido y su carne sufrió los agudos dolores del fuego, que fue apagado por el agua de una pila vecina; los conductores del cadáver lo envolvieron en un trapo de frisa cualquiera, y al llegar al lugar santo donde iba á ser enterrado, uno de ellos, el mismo Ojeda testigo de aquel acto de barbarie, flaqueó por su estado de ánimo, por su salud quebrantada, por la humedad del piso, y el cuerpo de CALDAS cayó al suelo y su sangre brotó á borbotones, manchó á los circunstantes, empapó la tierra bendita que la recibió.... para él no hubo la bandera santa de la patria que recoge los cuerpos de sus hijos mártires y se tiñe en su sangre.

La muerte de CALDAS fue tan terrible como grande había sido su vida.

En la iglesia de La Veracruz fue enterrado; ni un ataúd, ni una flor, nada en aquel lugar más que la tierra, cubrió su cadáver.

Aquel mismo día fueron fusilados por iguales causas Ulloa, Buch y Montalvo, compañeros, amigos de CALDAS.

El tribunal de secuestros, creado por Morillo, dispuso que sus bienes fueran confiscados; aquello era más bien un insulto irrisorio. ¿Sus bienes de fortuna? CALDAS no los tuvo; quiso salvar su biblioteca y manuscritos, y para esto se valió de su amigo Pedro Casís, poniéndolos en sus manos; pero Enrile ordenó se secuestraran, á pesar de que Casís decía tenerlos en depósito por una suma de dinero que le había prestado; pero nada valió; su biblioteca, compuesta de unos pocos volúmenes, varios papeles y mapas, algunos estuches de matemáticas y los ma-

nuscritos, tuvo que entregarlos Casís por inventario el 22 de Mayo de 1816. También fueron confiscados una imprenta y un ajuar de familia.

Y Morillo? Morillo siguió con su sonrisa irónica cebándose en la sangre de los patriotas de Nueva Granada, y poco después partió para España; allí lo recibió Fernando VII con los brazos abiertos; fue condecorado con medallas y títulos, lo mismo que los soldados, en recompensa de los importantes servicios prestados á la causa del rey. Ironía del destino!, de seguro que en sus noches jamás volvió á conciliar el sueño sin que imágenes de sangre llegaran á su memoria, ni en sus goces de familia, dejarla de acordarse de los cadáveres que yacen bajo la tierra por su orden.

CALDAS murió sin ver á su patria libre; este inmenso sufrimiento lo acompañó hasta el último momento de su vida, pero la esperanza lo alentaba, porque no en vano los patriotas sacrificaban su vida por su causa.

¿Después de tanta muerte, cuando el suelo granadino estaba húmedo por la sangre y las lágrimas de sus hijos, la causa de la libertad quedó perdida? —Nó; “nada hay perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe, por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta punto de cosa celestial” (1), y la Providencia puso en esta tierra centenares de mártires; su sangre como que fecundó el suelo, y el número de patriotas se multiplicó; á los tres años la libertad triunfó, y la república quedó fundada. Nosotros hoy perdonamos á los que abrieron las más profundas heridas en el corazón de nuestra patria; no recordemos sino las acciones buenas de España que nos legó su lengua, la religión, de quien decía CALDAS: “su espíritu es sólo esperanzas para después de la muerte”; hoy la madre, amiga cordial de sus hijas, se gloria al verlas cada día dar un paso más en la civilización, cuyos fundamentos puso ella.

Los restos de CALDAS quedaron sepultados en La Veracruz por espacio de ochenta y ocho años, sin que nadie se acordara de ellos para exhumarlos ó levantarles un monumento. Olvida-

(1) JUAN MONTALVO. *Juicio sobre nuestros héroes.*

dos? —Nó; imposible atreverme á hacer tal aseveración. En 1904 fueron encontrados al hacer una excavación en el ángulo sudeste de la nave principal de La Veracruz, con el objeto de levantar una torre; también se encontraron los de Ulloa, Buch y Montalvo, cuyo reconocimiento fue difícil de verificar.

Cosa rara verdaderamente que los restos sagrados de aquellos mártires hubieran quedado allí tan largo tiempo, hasta que por un medio indirecto fueron encontrados; el gobierno ha debido exhumarlos mucho tiempo antes, habría sido más fácil el reconocimiento y se habría cumplido más pronto con tal deber. En cuanto á los de CALDAS es extraño aún que hubieran permanecido tanto tiempo en aquella sepultura, si se tiene en cuenta que el 29 de Octubre de 1881, 65º aniversario de su muerte, por disposición del gobierno nacional se colocó en la casa en que habitó en esta ciudad, una placa de mármol, con una inscripción en oro, redactada por el insigne filólogo Rufino José Cuervo:

“HANC. DOMUM.

FRANC. JOS. DE CALDAS.

INTEGERRIMA. VITA. SACRAVIT.

SCIENTIARUM. CULTU. MOBILITAVIT.

PRO. PATRIA, MORIENS.

CIVIUM. VENERATIONI. TRADIDIT.”

á cuyo acto de colocación asistieron muchas personas notables, entre ellas la señora Juliana Caldas Barahona, hija del mártir, que en aquel año estaba en esta ciudad.

Aún permanecen en La Veracruz los restos de muchos mártires de la guerra de independencia, sepultura digna y santa; no olvidados, venerados por el pueblo.

En la histórica ciudad de Popayán, donde nació CALDAS, descansan hoy sus cenizas. La tierra de su predilección guarda con sagrado respeto sus restos, que en 1905 fueron llevados desde esta ciudad en peregrinación; por las poblaciones donde pasaban, los habitantes salían con sigiloso recogimiento á evocar su memoria, á dedicarle un recuerdo, á elevar una oración por su alma; los pueblos se sentían henchidos de patriotismo y de amor; los poetas, los oradores, los predicadores encomiaban al grande hombre cuyos restos tenían á la vista; todos, sin distinción de colores ni fortunas, ayudaron á celebrar dignamen-

te aquella apoteosis al sabio, y hoy todo el que pasa visita por el lugar bendito que da reposo á tal reliquia, eleva su alma al Cielo en un acto de veneración á su memoria.

Los trabajos, las colecciones riquísimas, la biblioteca, etc., tanto de la Expedición Botánica como de CALDAS, pasaron, como antes dije, al Tribunal de Secuestros. El 24 de Julio de 1816 apareció en los lugares públicos de esta ciudad el siguiente aviso:

"De orden del Excelentísimo Señor General se avisa á los señores oficiales y demás individuos del ejército, que mañana se empieza la almoneda de los bienes secuestrados en la casa de la Botánica, para el que guste concurrir á comprar algunos efectos, que serán preferidos en su precio—Córdova."

Vendidas así las riquezas de la Expedición coleccionadas por Mutis, CALDAS y demás miembros, resolvieron Morillo y Enrile que el sobrante fuera llevado á Madrid, orden que cumplió en 1817 el recomendado, Coronel Antonio Van Halen; algunos restos de escritos y documentos se conservan en el archivo nacional de esta ciudad. En 1837 fueron comisionados en Madrid don Mariano La Gasca, don Antonio Sandalio de Arias, don Vicente Soriano y don Pascual Asensio para reconocer lo que en el archivo hubiera de la Expedición de Nueva Granada, y lo compararon con el inventario que años antes habían hecho el mismo La Gasca, Van Halen y don Simón de Rojas. En 1823 fue encargado de la publicación de la *Flora de Bogotá* La Gasca, pero un motín ocurrido en Sevilla en el mismo año lo destruyó todo. Don Ezequiel Uricoechea más tarde, cuando estuvo en Madrid, quiso reconocer el archivo de la Expedición, y sólo encontró una parte de aquellas riquezas dadas al olvido, llenas de polvo; éste fue el fin de la Expedición Botánica. Los trabajos de CALDAS corrieron igual suerte; muchos de sus descubrimientos le han sido arrebatados por otros físicos; las plantas que él descubrió, los problemas á que dio solución, las especies que llevaban su nombre, todo pasó á otras manos; el descubridor ya no es él, sino quien se haya apropiado el honor; el Observatorio se arruinó, pues con las revueltas civiles de 1815 se rompieron multitud de aparatos, y luego permaneció ce-

rrado por largo tiempo; no hubo otro que, como CALDAS, fuera á abrir sus puertas; muchas de sus obras quedaron inéditas, y las que alcanzó á publicar, ó le publicaron más tarde sus admiradores, andan diseminadas en diferentes libros y periódicos, más ó menos bien editadas.

Lino de Pombo, José Joaquín de Acosta y Calvo, Eduardo Posada, Vergara y Vergara, Ibáñez, y todos los que gustan de volver sus miradas hacia nuestro pasado glorioso, han escrito magníficas biografías de CALDAS. La Academia Nacional de Historia de esta ciudad, en el año de 1907, acogió con el entusiasmo debido la idea lanzada por el Ilustrísimo Señor Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, de hacer una edición esmerada de los escritos de CALDAS; y al efecto la Academia dirigió una circular á sus miembros de toda la República, extensiva á la prensa y á todos los interesados, á fin de que ayudaran á llevar á cabo tan plausible tarea, y se proponía la Academia que la obra estuviera terminada para este glorioso Centenario; pero á pesar de la buena voluntad de los llamados á cooperar á tal obra, y el interés general, en el programa que la Academia hace poco publicó de la parte que tomaría en estos festejos, no figura la publicación de tal obra (1).

El doctor Diego Mendoza Pérez publicó el año pasado en Madrid un libro titulado: *Expedición Botánica de José Celestino Mutis al Nuevo Reino de Granada y Memorias inéditas de Francisco José de Caldas*, que he tenido ocasión de citar varias veces en este estudio, y que constituye un meritorio ofrecimiento que hace desde playas extranjeras para la celebración de este Centenario; trabajo digno de todo elogio y del sincero reconocimiento de la patria á tan distinguido compatriota. Contiene el libro el catálogo de las piezas que deben componer la obra completa de CALDAS, en que figuran todas las memorias, discursos, cartas, etc., del sabio; trae además el libro un notable artículo del autor sobre el señor Mutis; treinta y dos cartas inéditas de CALDAS y algunas memorias científicas. La historia de América sabrá apreciar en su verdadero valor el trabajo del doctor Mendoza.

(1) Próximamente aparecerá un nuevo volumen de la Biblioteca de Historia, que contendrá las *Obras de Caldas*, y en otro se publicarán sus cartas—Septiembre, 1911—(N. DEL A.)

La patria agradecida erige, con motivo del primer Centenario de nuestra independencia, una estatua al sabio CALDAS en las ciudades de Bogotá, Manizales y Popayán. Este homenaje de gratitud y reconocimiento hacia uno de los primeros mártires de 1816, estaba tardando en cumplirse. Los monumentos que se levantan en honor del genio y de la ciencia, constituyen un acto de justicia y una gloria nacional. La estatua, modelada en bronce, obra del artista francés Verlet, parece, como muy bien lo ha dicho un periódico de esta ciudad, "la reproducción de la figura de Aristóteles ó de algún otro filósofo griego, cincelada sin la aplicación de los datos técnicos de la indumentaria."

En la estatua aparece CALDAS sumido en profunda abstracción espiritual; aquella emoción, aquel estado misterioso de ánimo que se apodera del poeta cuando siente arder en su alma la inspiración, pero no puede reducir á palabras la idea; ó del filósofo cuando en alas del ingenio se eleva hasta las altas cumbres de la ciencia buscando manera de concretar las ideas ó de dar resolución á problemas que ofuscan los sentidos, está divinamente expresado en la obra de Verlet; la cabeza ligeramente inclinada, como queriendo sondear los misterios que esconde la tierra; la mirada fija, denunciadora de la sublimidad de su alma; el brazo derecho levantado contra el pecho, como manifestando la profesión de los sentimientos que atesora; el izquierdo retirado hacia atrás, llevando en la mano los papeles en que dejó á la posteridad sus escritos; un globo á los pies; con la levita y las botas altas del intrépido viajero; en actitud de dar un paso adelante, para indicar su natural arrogante; todos los detalles de la estatua ponen de relieve lo que fue el sabio; es una "epopeya de bronce" que se erige á su memoria. Yo, cuando contemplo esa figura sin igual me hundo en raro éxtasis y experimento un vivo sentimiento de veneración á CALDAS, cuyo espíritu palpita en las formas de la estatua, de tal manera que todo el que pase por el sitio donde tan egregio monumento se levanta, y vuelva la mirada hacia la efigie, á cuyo lado flote envolviéndola el pabellón nacional, sentirá sin duda que un hondo suspiro brota de su alma para unirse á los vientos que, como un coro, eleva el pueblo americano á la memoria del sabio **popayanés**.

¡Qué corta fue la vida de CALDAS! Apenas contaba cuarenta y cinco años cuando la cuchilla sanguinaria del tirano cortó el hilo de tan valiosa existencia; pero llenó esos pocos años con obras dignas del Creador; cuánto bien hubiera reportado más tarde la Gran Colombia con sus servicios; él que solamente vivía para su patria, trabajando ó combatiendo, y que supo ser un modelo acabado del ciudadano; pero murió por ella, que es la acción más grande, más sublime, más digna; la vida de CALDAS, vida que constituye un poema de virtudes y de sabiduría, tenía que terminar así, por lo cual su memoria es más sagrada.

Su gloria y su fama jamás se borrarán; pasarán siempre con luminosa auréola al través del tiempo, cuya acción no es capaz de borrar lo que es sólido; la memoria de los grandes hombres que la humanidad produce, no palidece jamás por el paso de las generaciones; al contrario: el tiempo es el verdadero juez; la historia es la encargada de dictar el veredicto definitivo, y cuando la apreciación que de un hombre se hace es bien fundada y justa, con el paso de los años más se acentúa la gratitud y mejor se sabe apreciar.

CALDAS murió; pero la luz de su cerebro portentoso iluminará siempre la gran parte de la senda que la humanidad ha de seguir en el curso de los siglos, porque él fue quien más alto supo llevar la antorcha luminosa de la ciencia, para dar vida al inmenso continente americano de extremo á extremo; nos legó su ejemplo y sus obras, es decir, un camino trazado para que le sigamos, para que lleguemos á la cima de las virtudes, en la tierra, y para que se nos corone en el cielo con la corona de la inmortalidad.

NICOLÁS GARCÍA SAMUDIO

Bogotá, 1910.